

LIBRO CATORCE.

Los periódicos toman parte en estas guerras intestinas.—Negociaciones de Dumouriez con Austria.—El duque de Brunswick.—El rey propone la guerra.—Aclamaciones generales.—Vótase la guerra.—Plan de campaña de Dumouriez.—Contemporización de Lafayette.—Consideraciones sobre Bélgica.—Coblentza capital de la emigración francesa.—El conde de Provenza.—El de Artois.—El príncipe de Condé.—Luis XVI rehen de Francia.—La reina mirada como el alma del comité austriaco.—Manifiesto del duque de Brunswick.

I

La noche estaba muy adelantada cuando Robespierre acabó su elocuente discurso, en medio del recogimiento de los jacobinos. Estos y los girondinos se separaron más exasperados que lo habían estado nunca. Vacilaban, sin embargo, aquellos hombres ante aquel rompimiento que, debilitando el partido de los patriotas, podría entregar el ejército á Lafayette y la Asamblea á los fuldenses. Petion, amigo á la vez de Robespierre y de Brissot, querido de los jacobinos y ligado con madama Roland, tenía el fiel de su popularidad en equilibrio, temeroso de perder la mitad de ella al pronunciarse por una de las dos facciones. «En ambos lados—dijo estremeciéndose—veo á mis amigos.» Hubo entonces una tregua aparente; pero Guadet y Brissot imprimieron sus discursos adicionándolos con algunas injurias contra Robespierre. Por otra parte, fueron minando á la sordina su reputación con nuevas calumnias, hasta que el 30 de Abril volvió á estallar otra terrible tempestad.

Habíase propuesto la prohibición de las denuncias cuando no pudiesen darse pruebas de la verdad de lo que se denunciaba. «Reflexionad en lo que se os propone,—dijo Robespierre.—La mayoría se compone aquí de una facción que quiere por este medio calumniarnos libremente y sofocar nuestras acusaciones imponiéndonos silencio. Si decretáis que me sea prohibido defenderme de los libelistas conjurados en contra mía, dejo inmediatamente este recinto y voy á sepultarme en el retiro.» «¡Nosotras te seguiremos, Robespierre!»—gritaron varias mujeres desde las tribunas. «Se han valido del discurso de Petion—prosiguió—para esparcir mil odiosos libelos contra mí. El mismo Petion está indignado al ver esto, y deplora los ultrajes que se me hacen, según él mismo me ha manifestado. Leed el periódico de Brissot, y en él vereis que se me invita á no apostrofar siempre al pueblo en mis discursos. Sí, para no pasar por faccioso ó por tribuno, es preciso privarse de pronunciar el nombre del pueblo. Se me compara á los Gracos. Con razón se establece semejante comparación. Lo que habrá de comun entre aquellos hombres y yo, será quizá el que yo tenga un fin tan trágico como ellos. Todavía hay más: se me hace responsable de un escrito de Marat en el cual me designa para tribuno,

al mismo tiempo que predica sangre y carnicería. ¿He profesado yo jamás semejantes principios? ¿Soy acaso culpable de la extravagancia de un escritor tan exaltado como Marat?»

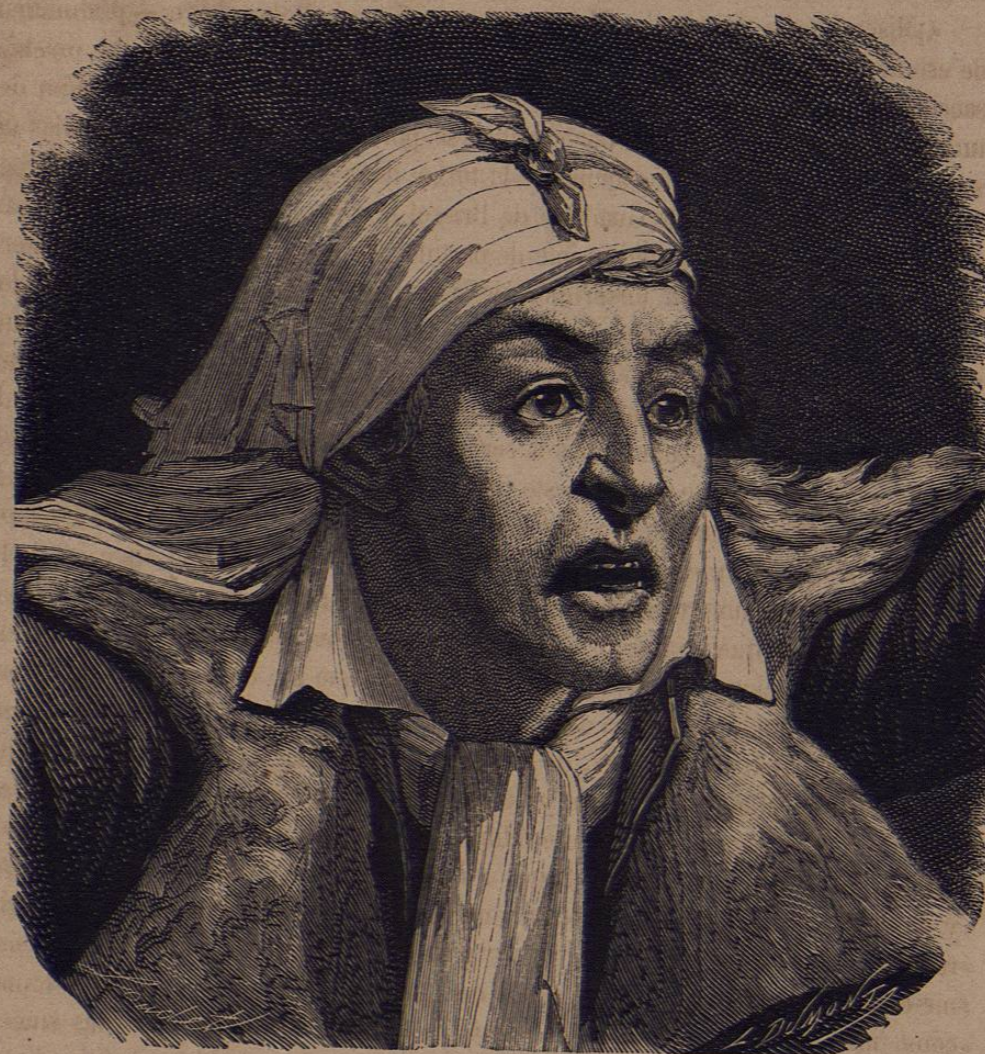
Al oír esto Lasource, amigo de Brissot, pide la palabra, pero no se le concede. Merlin pregunta si la paz jurada el día anterior no compromete sino á uno de los dos partidos, autorizando al otro para levantar calumnias contra Robespierre. La asamblea, al ver aquel tumulto, impone silencio á los oradores. Legendre acusa á la mesa de parcialidad. Robespierre baja de la tribuna, se acerca al presidente, á quien dirige con gesto amenazador palabras que no pueden oírse, tanto por el ruido que hay en la sala como por las injurias que se dirigen mutuamente las tribunas.

«¿En qué consiste ese encarnizamiento de los intrigantes contra Robespierre?—dice uno de sus partidarios en cuanto se restablece la calma.—Consiste en que él es el único hombre capaz de elevarse contra su partido, si es que consiguen formarle. Sí, es preciso en las revoluciones encontrar hombres que, haciendo abnegación de sí mismos, se entreguen como víctimas voluntarias á las facciones. El pueblo debe sostener á unos hombres semejantes, y vosotros los habeis hallado en Petion y Robespierre. ¿Los abandonaréis á sus enemigos?» «¡No! ¡no!»—exclaman mil voces á la vez; y en un decreto dado á propuesta del presidente, se declara que Brissot ha calumniado á Robespierre.

Los periódicos tomaron parte en esta lucha de patriotas según el distinto color á que cada uno pertenecía. «¡Robespierre!»—decía *Las Revoluciones de Paris*.—¿En qué consiste que el mismo hombre á quien el pueblo llevaba en triunfo á su casa cuando salió de la Asamblea constituyente, haya venido hoy á parar en ser un problema? Vos os habeis creído ser por mucho tiempo la única columna de la libertad francesa. Vuestro nombre era como el arca de la alianza, y no podía tocarse á él sin ser herido de muerte; vos quereis ser el hombre del pueblo, y no teneis ni el exterior del orador ni el genio suficiente para disponer de las voluntades de los hombres. Habeis animado los clubs con vuestra palabra, pero el incienso que allí se ha quemado en honor vuestro os ha embriagado. El dios del patriotismo se ha convertido en hombre. El apogeo de vuestra gloria fué el 17 de Julio de 1791. Desde aquel día vuestro astro ha declinado. Robespierre, los patriotas no gustan de que os pongais tan en evidencia. Cuando el pueblo se apiña al lado de la tribuna en que vais á subir, no lo hace por afán de oír vuestro propio elogio, sino para que le ilustreis con vuestros discursos. Sois incorruptible, es cierto, pero hay todavía otros ciudadanos mejores que vos, que son los que no se alaban tanto á sí mismos. ¿Por qué no teneis aquella sencillez que se ignora á sí misma, y aquella buena fe de las virtudes antiguas que recordais en vos algunas veces? Se os acusa, Robespierre, de haber asistido á una conferencia secreta celebrada no hace mucho en casa de la princesa de Lamballe y á presencia de la reina. No se dicen las cláusulas de aquel trato entre vos y estas dos mujeres, que se supone os hayan sobornado. Desde aquel día se nota cierta variación en vuestras costumbres domésticas, y ello es que habeis tenido dinero suficiente para fundar un periódico. ¿Se hubieran tenido de vos tan injuriosas sospechas en Julio de 1791? Nosotros no creemos que hayais cometido semejante infamia, ni que seais cómplice más que de Marat, que os ofrece la dictadura. Tampoco os acusamos de imitar á César cuando se hizo

presentar la diadema por Antonio. Lo que os advértimos es que andeis con cuidado y que habéis de vos con ménos complacencia. También se lo advertimos anteriormente á Lafayette y á Mirabeau, é indicamos la roca Tarpeya para los que se creyesen ser más grandes que la patria.»

«¡Miserables!—contestaba Marat, patrocinado por Robespierre.—¡Calumniar de ese modo la virtud más pura! Su genio les ofusca, y le castigan por los muchos sacrificios que ha hecho. El queria retirarse, y no se ha quedado en medio del tumulto de los jacobinos sino por sacrificarse por su país. Pero las medianías no se acostumbran á oír elogios ajenos, y la turba tiene gusto en cambiar de héroe. La facción de Lafayette, de Guadet y de Brissot le rodea. Estos hombres le llaman jefe de partido. ¡Un Robespierre jefe de partido! Hasta le achacan el recibir dinero de la lista civil, y le hacen un crimen de la confianza que en él tiene el pueblo. ¡Como si un simple ciudadano sin bienes y sin poder tuviese otro medio de conquistar el amor del pueblo que sus virtudes! ¡Como si un hombre que no tiene otra cosa que su voz aislada en medio de una sociedad de intrigantes, de hipócritas y de engañadores, pudiese llegar jamás á ser temible! Pero este censor incorruptible les inquieta, y dicen que se ha puesto de acuerdo conmigo para hacerse ofrecer la dictadura. Esto me concierne, y por consiguiente voy á responder á ello. Declaro, pues, que Robespierre está tan distante de disponer de mi pluma, que jamás he tenido con él la menor relacion. Una sola vez le he hablado, y me convencí de que no era el hombre que yo busco para el poder supremo, porque carece de la energía que la revolucion reclama. La primera palabra que me dirigió, fué una reconvenccion porque mojó mi pluma en la sangre de los enemigos de la libertad, y porque siempre hablo de cordeles, de espadas y de puñales; palabras crueles que desaprobaba sin duda mi corazón, y que desacreditaban mis principios. Yo le desengañé. «Sabed—le dije—que mi crédito con el pueblo no consiste en mis ideas, sino en mi audacia, en los ímpetus de mi alma y en los gritos de rabia, de furor y de desesperacion que lanzo continuamente contra los que entorpecen la marcha revolucionaria. Yo soy el eco de la ira justa del pueblo, y hé aquí por qué éste me escucha y cree en mí. Estos gritos de alarma y de furor que vosotros tomáis como unas palabras arrojadas al viento, son la más sencilla y la más sincera expresión de las pasiones que devoran mi alma. Sí, si yo hubiese podido disponer del brazo del pueblo despues que se dió el decreto contra la guarnicion de Nancy, hubiese diezclado á los diputados que lo dieron; despues de la instruccion sobre los acontecimientos del 5 y 6 de Octubre, hubiera mandado quemar en una hoguera á todos los jueces; despues de la matanza del Campo de Marte, si hubiese hallado dos mil hombres de mi mismo modo de pensar, me hubiese puesto al frente de ellos, y hubiera dado de puñaladas á Lafayette en medio de sus batallones de bandidos, hubiese quemado al rey dentro de su mismo palacio, y hubiese hecho degollar á nuestros atroces representantes en los mismos bancos de la Asamblea...» Robespierre me escuchaba asustado, y despues de haberse puesto pálido, permaneció largo rato silencioso. Yo me marché. Habia visto en Robespierre un hombre íntegro, pero no habia encontrado en él un hombre de Estado.» Se ve por estas palabras que el malvado causaba horror al fanático, y que Robespierre le habia dado compasión á Marat.



MARAT.

II

Estas primeras luchas entre los jacobinos y la Gironda ofrecían al astuto Dumouriez un doble punto de apoyo para su política. La enemistad de Roland, de Claviere y de Servan no le inquietaba ya en el Consejo; él equilibraba su influencia por la alianza que había contraído con sus enemigos. Pero los jacobinos querían prendas, y él se las ofrecía en la guerra. Danton, tan violento y más político que Marat, no dejaba de repetir que la revolución y los déspotas eran irreconciliables, y que Francia no debía tener otra esperanza de salvarse que la que le diesen su audacia y su desesperación. La guerra, según la opinión de Danton, era el bautismo ó el martirio por los cuales debía pasar la libertad como una religión nueva, y por consiguiente, era preciso templar de nuevo á Francia en el fuego para que se purificase de las suciedades y de la vergüenza de los tiempos anteriores.

Dumouriez estaba conforme sobre este particular con Lafayette y los fuldenses, y también quería la guerra; pero la quería como soldado, para adquirir gloria en ella y exterminar en seguida las facciones. Desde que subió al ministerio estaba en negociaciones con Austria por ver de lograr una respuesta decisiva. Había mudado casi todos los miembros del cuerpo diplomático, y les había reemplazado por hombres enérgicos. Notábase en sus comunicaciones oficiales cierto tono marcial muy parecido á la voz de un pueblo armado. Intimaba en ellas á los príncipes del Rhin, al emperador y á los reyes de Prusia, España y Cerdeña que reconociesen ó combatesen abiertamente al rey constitucional de Francia. Pero en tanto que sus enviados oficiales exigían en las cortes de que acabamos de hablar una respuesta pronta y categórica, los agentes secretos, en virtud de las instrucciones que les había dado, se insinuaban hábilmente en los gabinetes de los príncipes, y hacían los mayores esfuerzos por separar algunos Estados de la liga que se estaba formando. Ellos les ponían de manifiesto lo ventajoso que era para su engrandecimiento el permanecer neutrales, y les ofrecían el patronato de Francia después que ésta hubiese quedado victoriosa. No atreviéndose á esperar nada de los aliados, el ministro, al obrar de este modo, proporcionaba á Francia muchas complicidades secretas, y corrompiendo por ambición los Estados que no podía arrastrar tras sí por el terror, amortiguaba la coalición, esperando poder deshacerla más adelante.

El príncipe sobre quien tenía más influencia era precisamente aquel duque de Brunswick que el emperador y el rey de Prusia aunados destinaban para mandar los ejércitos aliados que debían operar contra Francia. Este príncipe era para ellos, según sus esperanzas, el Agamenon de Alemania.

Cárols Federico Fernando de Brunswick-Wolfenbüttele, criado en los combates, en las letras y en los placeres, había respirado en los campos del gran Federico el genio de la guerra, el espíritu de la filosofía francesa y el maquiavelismo de su maestro. El duque había hecho con aquel rey filósofo y soldado todas las campañas de la guerra de los Siete años. Hecha la paz, había viajado por Francia y por Italia, habiendo sido acogido en todas partes como el héroe de Alemania y como heredero del genio militar de Federico. Al poco tiempo se había casado con una hermana de Jorge III, rey de Inglaterra. Su capital, en donde brillaban sus queridas y disvertían los filósofos, reunía al epicurismo de las cortes la austeridad de

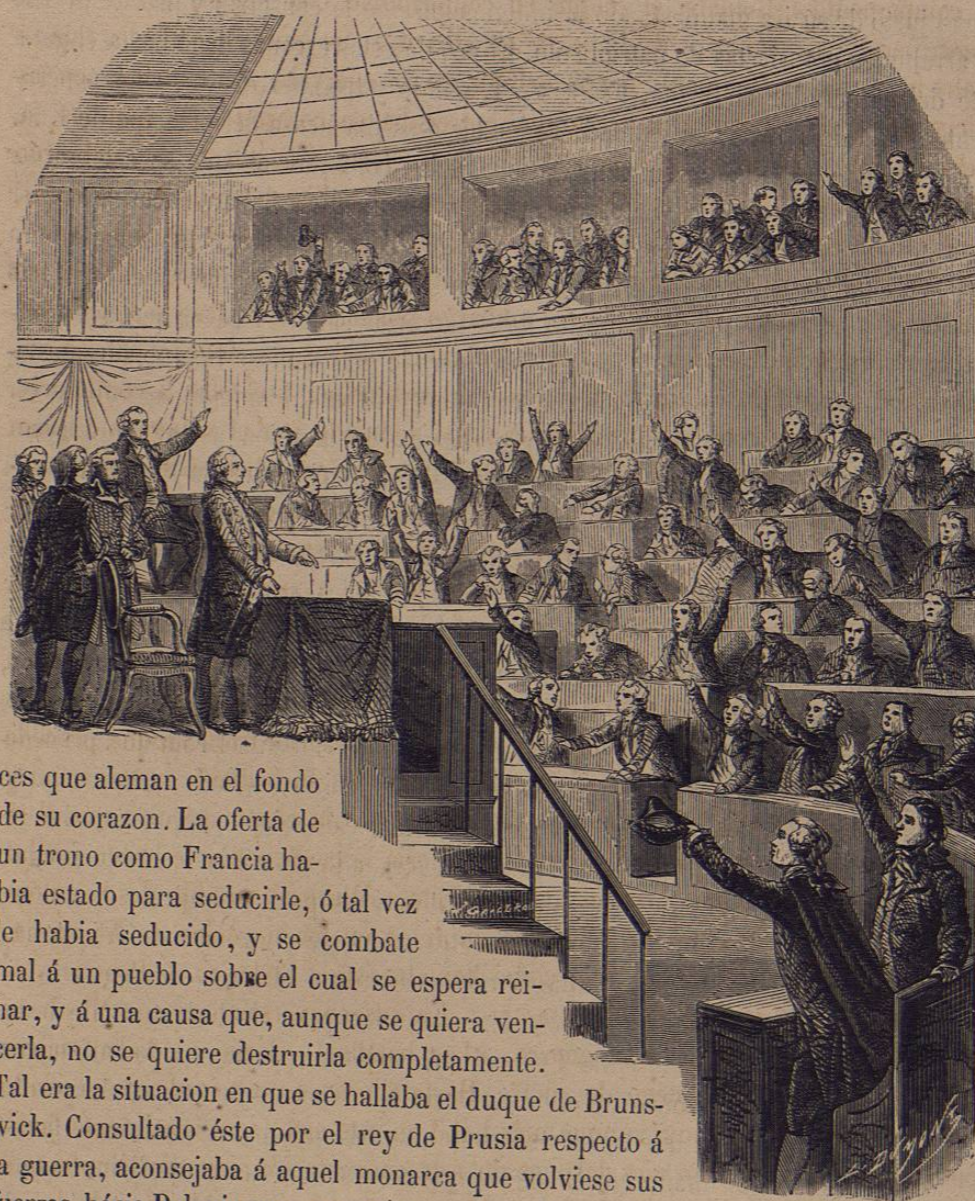
los campamentos. Reinaba el duque en conformidad con los principios de los sabios, pero vivía según los ejemplos de los sibaritas. Su alma de soldado, que se dejaba impresionar fácilmente por la belleza, no se enervaba, sin embargo, en las delicias del amor; porque si es cierto que entregaba su corazón á las mujeres, se reservaba en cambio su cabeza para atender á su gloria, á la guerra y al gobierno de sus Estados. Mirabeau, siendo todavía joven, se había detenido en su corte, cuando iba á Berlín á iluminarse con los últimos resplandores del gran Federico. El duque de Brunswick había hecho aprecio de él, porque estos dos hombres, tan distintos por su rango, se parecían sin embargo por sus cualidades y sus defectos. Ambos eran revolucionarios; pero por la diferencia de sus posiciones y patrias respectivas, el uno estaba destinado á hacer una revolución, y el otro á combatirla.

Sea como fuere, ello es que Mirabeau fué seducido por el soberano á quien estaba encargado de seducir. «La figura de este príncipe—dice en su correspondencia reservada—anuncia su profundidad y finura. Habla con elegancia y precisión, tiene una instrucción admirable, es laborioso y perspicaz, y mantiene inmensas correspondencias debidas únicamente á su mérito, siendo económico hasta en sus pasiones. Su querida, la señorita de Hartfeld, es la persona más racional de su corte. Verdadero Alcibiades, ama el placer, pero nunca le antepone al trabajo. En el papel que desempeña de general prusiano, nadie se levanta ántes, nadie es más activo, más minucioso ni más exacto que él. Bajo un exterior calmado que procede del dominio que ejerce constantemente sobre sí mismo, su brillante imaginación y su ambiciosa fantasía le arrebatan algunas veces; pero la circunspección que él se impone y el cuidado reflexivo de sostener su gloria le contienen y le hacen vacilar algunas veces, siendo éste quizá su único defecto.» Mirabeau predijo desde entonces al duque de Brunswick la influencia suprema en los negocios de Alemania, después de la muerte del *gran rey*, como llamaba ésta á Federico de Prusia.

Tenia entonces el duque cincuenta años. En sus conversaciones con Mirabeau se disculpaba de su amor á la guerra. «Las batallas—decía un día al viajero francés—no son sino un juego de suerte. Hasta ahora yo no he sido desgraciado en ellas. ¿Quién sabe si hoy, aunque más hábil en este arte, seré igualmente favorecido por la fortuna?» Un año después de esta conversación, invadía triunfante á Holanda á la cabeza de las tropas inglesas. Algunos años después, Alemania le designaba para ser su generalísimo.

Pero la guerra con Francia, que halagaba su ambición como soldado, repugnaba á su alma como filósofo. Conocía que combatiría muy mal unas ideas en las cuales se había criado. Mirabeau había dicho de él aquellas palabras notables que profetizaban su molición y las derrotas de la coalición guiada por aquel príncipe: «Este hombre es de un temple raro, pero es demasiado sabio para ser temido por los sabios».

Estas palabras explican la oferta de la corona de Francia hecha al duque de Brunswick por Custine en nombre del partido monárquico de la Asamblea. La francmasonería, esa religión subterránea en la cual se habían afiliado casi todos los príncipes reinantes en Alemania, cubría con sus misterios las inteligencias secretas que mediaban entre la filosofía francesa y los soberanos de las orillas del Rhin. Hermanos en una conjuración religiosa, no podían ser enemigos muy encarnizados en política. El duque de Brunswick era más ciudadano que príncipe, y más fran-



ces que aleman en el fondo de su corazón. La oferta de un trono como Francia había estado para seducirle, ó tal vez le había seducido, y se combatía mal á un pueblo sobre el cual se espera reinar, y á una causa que, aunque se quiera vencerla, no se quiere destruirla completamente. Tal era la situación en que se hallaba el duque de Brunswick. Consultado éste por el rey de Prusia respecto á la guerra, aconsejaba á aquel monarca que volviese sus fuerzas hácia Polonia para conquistar provincias, en vez de ir á Francia á conquistar principios.

El rey propone la guerra á la Asamblea.—Pág. 354.

III

El plan de Dumouriez era separar á Prusia de Austria en cuanto de él dependiese, para no tener que habérselas sino con un solo enemigo. La unión de estas dos potencias, rivales naturales y envidiosas, le parecía tan contraria á naturaleza, que trataba de impedirlo ó romperlo. El odio instintivo del despotismo contra la libertad burló todas sus previsiones. Rusia, por el gran ascendiente de Catalina, forzó á Prusia y Austria á hacer causa común contra la revolución. El joven emperador Francisco I se disponía en Viena á pelear, más bien que á entrar en negociaciones. El príncipe de Kaunitz, primer ministro suyo, respondía á las notas de Dumouriez en un lenguaje que envolvía un reto á la Asamblea nacional.

Dumouriez comunicó estas notas á aquella corporación, y se anticipó el des-